

LA LÁMPARA

DEL SANTUARIO

Nº 6 - ENERO-MARZO 2003





LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Edita:

Adoración Nocturna Española

Dirección:

Jesús González Prado

Consejo de Redacción:

Salvador Muñoz Iglesias
Pedro García Mendoza
Francisco Garrido Garrido
Avelino González González
Angel Blanco Marín

Administrador:

Alberto Pastor Rodríguez

Colaboran en este número:

Domingo Muñoz León
José M.^a Berlanga López
Manuel Garrido Bonaño
Angel González Prado
Avelino Cayón
José Luis Otaño
Jesús Guerra

Redacción y Administración:

Barco, 29-1.º
Teléf.: 91 522 69 38 - Fax: 91446 57 26
28004 Madrid
www.adoracion-nocturna.org
E-mail: consejo@adoracion-nocturna.es
E-mail: consejo@adoracion-nocturna.org

Imprime:

Gráficas Blamai
Juan Pantoja, 14
28039 Madrid

Marca n.º 535.268

"La Lámpara del Santuario"

Depósito Legal:

M-42307 - 2001
ISSN 1579-9492

3.ª Época - N.º 6 • Enero-Marzo 2003

S u m a r i o

- 1 Adorado sea el Santísimo Sacramento
Espiritualidad Adoradora
- 2 Nuestra portada
La Comunión de la Virgen
- 3 Palabra de Dios
La Eucaristía, Quinto Misterio Luminoso del Rosario (I)
- 5 La fe de nuestros padres
Cipriano de Cartago
- 7 La Misa en la Iglesia primitiva
Más sobre la Eucaristía en la «tradición apostólica»
- 9 Vivieron la Eucaristía
San Francisco de Sales
- 13 Santuarios Eucarísticos
San Isidoro de León
- 17 De nuestra vida
... Y después, ¿qué?
- 19 Eucaristía y vida cristiana
Liturgia de la palabra, liturgia del sacramento
- 21 Ave María Purísima
Nuestra Señora de las Tinajas
- 22 Voz de la Iglesia
Constitución «Sacrosanctum Concilium» del Vaticano II
- 24 Algo de Historia
Y la fe se hizo luz
- 26 Cantar a la Eucaristía
Las primeras alabanzas
- 28 Tres meses

ADORADO SEA EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

ESPIRITUALIDAD ADORADORA

La espiritualidad cristiana es única: Consiste en imitar a Cristo. Como Dice San Pablo: «Dios nos ha predestinado a reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8,29).

Si en la Iglesia se habla de diversas espiritualidades es porque hay diversas maneras de imitar a Cristo o, mejor, parcelas especializadas en la imitación de Cristo, que ningún hombre puede practicar en su totalidad. Cada forma de espiritualidad cristiana trata de cultivar con profundidad la imitación de Cristo en alguna faceta particular de su comportamiento. Así la **espiritualidad genérica** de los Institutos Religiosos se compromete a imitar la pobreza, castidad y obediencia del Jesús histórico; y luego, **específicamente**, unos tratan de reproducir su amor a los niños, otros su predilección por los pobres o enfermos, etc.

La espiritualidad propia de la Adoración Nocturna trata de imitar a Cristo Adorador del Padre, que durante su vida mortal oraba frecuentemente de noche, y que ahora en la Eucaristía en cuanto hombre perpetúa su adoración, «intercede por nosotros» (Rom 8,34), «está siempre vivo para interceder a nuestro favor» (Heb 7,25), y se ofrece en reparación por los pecados de los hombres: «Si alguno peca, tenemos un Abogado ante el Padre, a Jesucristo el Justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados; no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero» (1 Juan 2,1-2).

El adorador eucarístico no se limita a adorar a Dios hecho hombre, a quien tiene presente, sino que aprovecha la compañía del que es nuestra Cabeza para ofrecer al Padre una adoración digna de Dios, para unir sus pobres oraciones en favor de todos los hombres a la oración infalible del Hijo de Dios, y para reparar, junto con Él y a través de Él, los pecados de la humanidad.

Ser Adorador es:

- Disfrutar del regalo infinito que supone la Presencia Real de Jesús en el Santísimo Sacramento.

- Conversar personalmente con Él, en su domicilio terreno, durante el silencio de la noche, como Nicodemo. No venimos a escondidas, en la noche, por miedo a que nos vean. Venimos cuando no le atosigan las turbas y cuando en el silencio ambiental se le oye mejor.

- Sentir la alegría de hospedarle en nuestra propia casa, como Zaqueo o como los hermanos de Betania. No una sola vez, como Zaqueo, ni cuando iba de paso como en Betania. Una vez al mes en la Vigilia por la noche y diariamente en la Comunión.

- Comprometerse activamente con Jesús para realizar entre los hombres su mandamiento de amor, y para construir con Él el Reino de Dios en la tierra.

Adorar no es solamente decir ¡Señor, Señor!, sino «cumplir la voluntad del Padre que está en los cielos» (Mt 7,21).

Adorar es decir, como Jesús al entrar en este mundo: «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad» (Heb 10,9), o como Saulo, en la aparición camino de Damasco: «Señor, ¿qué quieres que haga?» (Hechos 22,10).

Juan Pablo II, en la Vigilia que nos presidió el 31 de octubre de 1983 en la Basílica de San Pedro en Roma, nos recordaba: «**Pero no podéis limitaros a la actitud contemplativa de adoración y plegaria; porque no sería auténtica vuestra oración, si no fuera acompañada de un compromiso de vida cristiana y de acción apostólica.**»

NUESTRA PORTADA

LA COMUNIÓN DE LA VIRGEN

ALONSO CANO

(Museo Nacional de San Carlos, México)

El artista

Alonso Cano, uno de los grandes pintores del Barroco español, nace en Granada el 19 de marzo de 1601 y es bautizado en la parroquia de San Ildefonso de la misma ciudad.

En 1614 su familia se traslada a Sevilla y él entra como aprendiz en el taller de Francisco Pacheco. Con treinta y cuatro años se le hace entrega por parte de Juan Martínez Montañés, de los poderes como representante de los pintores y escultores de Sevilla y en ese mismo año recibe el encargo de la realización del retablo de San Juan Evangelista, para el convento de Santa Paula. En 1638, se traslada ya casado en segundas nupcias a Madrid, y se instala en la corte como pintor y ayudante de cámara del conde-duque de Olivares, dejando inconcluso el retablo cuya ejecución final cede a Juan del Castillo.

En 1652, muy afectado en su ánimo por el asesinato de su segunda esposa del que fue incluso señalado como sospechoso, (aunque interrogado con tormento resultó declarado inocente) regresa a su Granada natal ocupando plaza de racionero en la catedral, bajo la condición de ordenarse sacerdote pasado un año. A pesar de dicha condición, se ordena presbítero en Madrid en 1658.

Fallece a la edad de sesenta y seis años, en su casa de la granadina calle de Santa Paula, el 3 de septiembre de 1667 y es inhumado en la Cripta de la Santa Iglesia Catedral.

La obra

En el otoño del año 1635, concretamente el día 23 de noviembre, Alonso Cano, «pintor, escultor y arquitecto» queda como principal obligado y por ello se compromete mediante escritura pública a

realizar un retablo dedicado a San Juan Evangelista para la iglesia del convento de monjas jerónimas de Santa Paula de Sevilla. Juan del Castillo, «maestro pintor de ymaginería dorador y eftofador», fue su fiador. La realización de esta obra tiene hoy día, además de un valor intrínseco o propio, uno fundamental, pues, de los retablos en los que Alonso Cano trabajó o intervino, éste es el único que se conserva, perdidos los de San Alberto, San Pablo y Montesión.

El retablo de Santa Paula es una obra pues de referencia necesaria en la actividad artística de Alonso Cano en su etapa sevillana. El conjunto del retablo se inspira en el diseño de Lebríja, aunque lógicamente de menor tamaño puesto que se trata de un retablo lateral de una iglesia conventual de mediano tamaño. Consta de banco con sagrario y cuerpo central con tres calles separadas por cuatro columnas corintias, en estas se ubican ocho pinturas una de las cuales, situada en el cuerpo central segunda a la izquierda desde el banco es la que nos ocupa, **La Comunión de la Virgen**.

Fue la aportación más reciente al conjunto de pinturas que formaban parte del retablo, y ciertamente presenta un estilo vinculable con el del artista en su fase final sevillana, no destacando poco su simbología y al menos original composición. Muestra la composición una escena piadosa en la que la Virgen, arrodillada en el ángulo inferior izquierdo del lienzo, recibe la comunión de manos del llamado «discípulo amado», San Juan Evangelista, reconocible por el símbolo iconográfico del águila a sus pies. La figura afectada del apóstol se recorta ante un fondo de altar resuelto de manera convencional. La obra resalta, en cuanto al contenido programático del conjunto el sentido piadoso, devocional y sencillo hacia las figuras de Santos Juanes habitual en las órdenes monásticas femeninas.

PALABRA DE DIOS

LA EUCARISTÍA, QUINTO MISTERIO LUMINOSO DEL ROSARIO (I)

El testimonio eucarístico del Evangelio de San Marcos

ENTRE los Misterios de la luz que Juan Pablo II ha indicado para meditar en el rezo del Rosario se enumera la Institución de la Eucaristía. Es la cumbre de la vida de Cristo y el tránsito a los misterios del dolor. He aquí cómo lo expresa la Carta Apostólica: «Misterio de luz es, por fin, la institución de la eucaristía, en la cual Cristo se hace alimento con su cuerpo y su sangre bajo las especies del pan y del vino, dando testimonio de su amor por la humanidad "hasta el extremo" (Jn 13,1) y por cuya salvación se ofrecerá en sacrificio» (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, n.º 21).

Efectivamente la Eucaristía ocupa en los cuatro evangelios un lugar destacado. Por ello durante este año dedicado al Rosario vamos a acudir al testimonio de los evangelios. Comenzamos por San Marcos que es considerado el primero de los evangelios escritos en griego, aunque le haya precedido el Mateo arameo que no ha llegado hasta nosotros.

Una cierta dimensión eucarística tienen sin duda los relatos en que Jesús comparte la mesa con diversas personas: en casa de Leví; en casa de Pedro; en casa de Simón el leproso, etc. Pero hay dos momentos decisivos: el milagro de la multiplicación de los panes y la Última Cena. De ellos vamos a tratar en este número.

La multiplicación de los panes

El evangelio de San Marcos trae dos veces el relato de la multiplicación de los panes. En ambos casos la dimensión eucarística es evidente. El primer relato de la multiplicación está situado tras la Misión de los Doce. Al regreso de su entrenamiento evangelizador se nos dice: «Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y lo que habían enseñado. El, entonces, les dice: "Venid también vosotros aparte, a un lugar solitario, para descansar un poco". Pues los que iban y venían eran muchos, y nos les quedaba tiempo ni

para comer» (Marcos 6,30-31). Jesús siente compasión de la muchedumbre y realiza este milagro. El gesto es eminentemente eucarístico: «Entonces les mandó que se acomodaran todos por grupos sobre la verde hierba. Y se acomodaron por grupos de cien y de cincuenta. Y tomando los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció la bendición, partió los panes y los iba dando a los discípulos para que se los fueran sirviendo. También repartió entre todos los dos peces» (Marcos 6,39-41). La prefiguración de la Eucaristía es indudable: los asistentes acomodados en grupos de cien o cincuenta; Jesús que levanta los ojos al cielo y pronuncia la bendición; los discípulos que sirven el pan y los peces a la muchedumbre.

El segundo relato está situado en la sección de los viajes de Jesús fuera de Galilea. Esta sección comienza con la curación de la hija de una mujer cananea en Tiro y la curación de un sordomudo en la Decápolis. Seguidamente viene el milagro de la multiplicación de los panes. También aquí la dimensión eucarística es clara: «Entonces él mandó a la gente acomodarse sobre la tierra y, tomando los siete panes y dando gracias, los partió e iba dándolos a sus discípulos para que los sirvieran, y ellos los sirvieron a la gente». (Marcos 8,6). Las variantes con el primer relato son circunstanciales: el número de panes (cinco en el primer relato y aquí siete); el número de espuelas recogidas (doce en el primer relato, y aquí también siete); el número de asistentes (unos cinco mil en el primer relato y aquí cuatro mil). Estos detalles entran perfectamente en los márgenes de relatos paralelos y no afectan a la historicidad del núcleo del relato.

El segundo evangelista ha querido conservar-nos este doble relato del Signo del pan porque así habían llegado a él; uno procedente de la comunidad palestinese y otro quizá de la comunidad de la Diáspora. En ambos casos el Signo del Pan es de alguna manera el signo por excelencia del ministerio público de Jesús. Este milagro, que recuerda el Maná, significa el don de Dios; el pan reúne a los hombres en comunidad y presagia la Eucaristía. En otro número de esta Revista veremos, D.m., que San

Juan desarrolla la dimensión Eucarística del Signo del Pan en el C. 6 de su Evangelio.

La Institución de la Eucaristía en la Última Cena

San Marcos considera la Última Cena como una Cena Pascual: «El primer día de los Ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dicen sus discípulos: "¿Dónde quieres que vayamos a hacer los preparativos para que comas el cordero de Pascua?"» (Marcos 14, 12). Los discípulos siguen las instrucciones de Jesús y preparan la Pascua (Marcos 14,16).

Marcos comienza el relato de la Cena con el anuncio de la traición de Judas: «Y al atardecer, llega él con los Doce. Y mientras comían recostados, Jesús dijo. "Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará, el que come conmigo"» (14, 17-18). Seguidamente narra la institución de la Eucaristía: «Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: "Tomad, este es mi cuerpo". Tomó luego un cáliz y, dadas las gracias, se lo dio, y bebieron todos de él. Y les dijo: "Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el Reino de Dios"» (14,22-25).

El estilo es sobrio y esquemático propio de unas palabras de institución.

La cena no sólo es el marco temporal sino que también es un elemento fundamental. La Eucaristía forma parte de la Cena.

En primer lugar Jesús consagra el pan:

"*Tomó el pan*". La iniciativa parte de Jesús. El pan es el don de Dios por excelencia. Ahora va a ser el Cuerpo de Cristo.

"*Pronunciada la bendición*". Las palabras de Jesús son una bendición (en hebreo: *beraká*) que incluye acción de gracias y consagración a Dios.

"*Lo partió y lo dio*". El rasgo de partir el pan es una mención importante. La Eucaristía se llama en los Hechos de los Apóstoles "Fracción del pan". El pan partido indica el destino: repartirlo con los asistentes. Es un solo pan compartido. El verbo "dio" pone de relieve que la Eucaristía es el don de Cristo.

"*Tomad, este es mi cuerpo*". Estas palabras de Jesús son la fórmula de consagración y de entrega. El pan no sólo significa el cuerpo de Cristo sino que es su mismo cuerpo. La teología designará este cambio con el término de "transustanciación".

Sigue el relato del cáliz:

"*Tomó luego un cáliz*". También aquí el cáliz con el vino forma parte de la cena. Pan y vino se complementan.

"*Y dadas las gracias*". Jesús repite la bendición. Esta vez el evangelista utiliza un término griego ("*eucharistesas*") de la misma raíz que el término Eucaristía.

"*Se lo dio y bebieron todos de él*". De nuevo la mención del don y la dimensión comunitaria.

"*Esta es mi sangre de la Alianza que va a ser derramada por muchos*". Estas palabras de Jesús son la fórmula de consagración y entrega. El vino contenido en el cáliz que beben los discípulos no sólo significa la sangre de Cristo, sino que es su misma Sangre ofrecida en sacrificio. Así la Eucaristía es la autodonación que Jesús hace de su vida por la salvación del mundo.

La expresión "por muchos" puede ser traducida "por la muchedumbre" (cf. Isaías 53,11) y no implica de suyo eliminación de algunos. De ahí que la traducción de la Liturgia "por vosotros y por todos los hombres" responde plenamente al sentido del término "por muchos".

La expresión "Sangre de la Alianza" significa que Cristo con estas palabras y con su muerte redentora inaugura la Nueva Alianza. Así como la Antigua Alianza fue ratificada con la sangre de los sacrificios de animales (Éxodo 24), la Nueva Alianza es ratificada y realizada mediante la Sangre de Cristo. La Eucaristía, en cuanto actualización del Sacrificio de Cristo, es el Sacramento de la Alianza o comunión entre Dios y el hombre. Mediante la Eucaristía el hombre se une a Dios pasando a ser propiedad suya y Dios se hace amigo (socio) del hombre.

Cristo termina con una mención del Reino: "Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba nuevo en el Reino de Dios" (14,25). La Eucaristía anticipa el banquete del cielo. Ella es el banquete del Reino.

Conclusión: La Eucaristía, misterio de luz

Tanto la multiplicación de los panes como la institución de la Eucaristía son la expresión más profunda de la finalidad de la venida de Cristo al mundo: dar la vida a la humanidad.

Por ello en esta donación suprema tiene su cumplimiento la palabra de Jesús que justifica el sentido de los misterios luminosos: "Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas" (Juan 12,46).

DOMINGO MUÑOZ LEÓN

LA FE DE NUESTROS PADRES

CIPRIANO DE CARTAGO

Los renegados

LA cuestión de los caídos (lapsi), en sus diversas formas y grados, será objeto de la preocupación teológica-pastoral de la iglesia africana de mitad del siglo III, de Cipriano en particular, y en la que tomará parte la romana. El obispo de Cartago, según las circunstancias, adoptaría una postura flexible en conformidad con lo que se podría denominar «caridad pastoral».

Señala con claridad meridiana que la vida cristiana con la apostasía se ha paganizado; por ello, no cabe conceder el perdón fácilmente. Mas cabe la misericordia con los que cedieron tras grandes tormentos. La laxitud «no concede la «pax ecclesiae» sino que la quita; no otorga la comunión, sino que la estorba» (De lapsis 16). Es preciso, por tanto, cumplir el tiempo señalado para la penitencia, y seguir un «iter» fijado para la misma (cfr Ep. 57 al papa Cornelio). Mas en caso de muerte, conviene que reciban la «pax»; y ante la inminente persecución «es necesario armarlos y equiparlos para la batalla», porque no es oportuno «dejarles inermes y al descubierto a los que animamos y exhortamos al combate, sino fortificarlos con la protección de la sangre y del cuerpo de Cristo: la eucaristía es la que cumple este objeto y puede ser una defensa (tute-

la) para los que la reciben; por eso debemos armar con esa fuerza del alimento del Señor a los que queremos ver defendidos contra el enemigo» (Ep 57, 2,1).

Concebida la eucaristía como alimento del verdadero «miles Christi» que se adiestra para el combate supremo de dar la vida, esto es, de derramar la propia sangre, es lógico que el santo mártir establezca una ilación o correspondencia entre la sangre de Cristo con que se abreva el cristiano en dicho trance y la sangre que va a derramar en la confesión del nombre:

«Porque ¿cómo les vamos a enseñar e inducir derramar su sangre en la confesión del nombre, si denegamos la sangre de Cristo a sus soldados que van a guerrear? ¿O cómo vamos a preparar para la copa del martirio, si previamente no los admitimos en la iglesia a beber la copa del Señor, por derecho de comunión?» (Ep 57, 2,1).

Idéntica idea esboza en la ep. siguiente. Se echa encima la persecución -escribe a los fieles de Thibarís- Los soldados de Cristo se han de preparar «mediante una fe incorrupta y un valor robusto, pensando para esto que a diario beban el cáliz de la sangre, a fin de que puedan derramar ellos la suya por Cristo» (Ep 58,1,2).

Tras citar Ef 6, 12-17 (Ib 58, 8.3) y comentar el pasaje ampliamente, escribe:

«Armemos la diestra con la espada del espíritu, para repeler con energía los funestos sacrificios [de los ídolos paganos, a que eran obligados los cristianos: los sacrificad], con el fin de que acordándose de la eucaristía que recibe el cuerpo mismo del Señor, lo abraza,

para más tarde recibir el premio de la corona celestial» (Ib 58, 9, 2).

La praxis que adopta la iglesia africana ante los nubarrones de la persecución que se divisan en el horizonte no es sino flexible; consciente que el cuerpo y sangre de Cristo, el mártir por antonomasia, es la mejor arma y defensa, el alimento y la bebida para pertrechar al cristiano candidato al martirio al combate y pelea suprema de la fe. De ahí, que Cipriano y los obispos de África defieran ante Cornelio su proceder flexible.

Por otro lado, los llamados «libellatici», esto es los que han obtenido la acreditación de haber rendido culto a los ídolos «sin contaminar sus manos con sacrificios nefandos...» (De lapsis 27), «no han profanado la santidad de la fe a la vista del pueblo», «ni su boca con manjares abominables». (Id. 28). Ello explica que su «culpa sea menor, pero no que su conciencia sea inocente». A éstos, Cipriano y el concilio exhortan «al arrepentimiento y dolor de los pecados», al reconocimiento del «gravísimo desliz», porque Dios es misericordioso (cfr Joel 2,13) y concede clemencia al que se arrepiente, al que hace buenas obras y demanda perdón (Id. 36).



JOSÉ M.^a BERLANGA

LA MISA EN LA IGLESIA PRIMITIVA

MÁS SOBRE LA EUCARISTÍA EN LA «TRADICIÓN APOSTÓLICA»

YA expusimos lo que trae la «Tradición Apostólica» de San Hipólito que data del primer cuarto del siglo III referente a la plegaria eucarística, que es la primera que se conoce. Pero en ella hay mucho más referente a la sacratísima Eucaristía y es muy interesante. Después de haber tratado sobre las ofrendas, añade:

«Luego oren los bautizados, ya juntamente con todo el pueblo; pero no oren con los fieles antes de haber obtenido todo lo precedente. Una vez que hayan orado, ofrezcan óscidos de paz.

Y entonces ya ofrezcan los diáconos al obispo la oblación, y eucaristicen el pan en figura que los griegos llaman antitipo, del Cuerpo de Cristo, y el cáliz que los griegos llaman semejanza, de la sangre que fue derramada por todos los que creyeron en él; y leche juntamente con miel para la plenitud de la promesa que hizo a los padres, porque dijo que la tierra manaría leche y miel (Ex 3, 8), y porque Cristo dio su carne con la que se alimentan como pequeñuelos los que creen, haciendo dulce, con la suavidad de la palabra, la amargura del corazón; y agua, como ofrenda para indicar la ablución, por la que también el interior del hombre, que es animal, consiga los mismos efectos que el cuerpo.

Explique, pues, todas estas cosas a aquellos que comidgan; al partir el pan y distribuir cada una de las partes, diga: Pan celestial en Cristo Jesuís. El que lo recibe responda: Amén. Si los presbíteros no fue-

ran suficientes, tengan también cálices los diáconos y asistan con decencia y moderación: primero el que tiene el agua, después el que tiene la leche, finalmente el que tiene el vino. Los que comidgan, gusten en tres veces las tres cosas, diciendo el que distribuye. En Dios Padre omnipotente. El que recibe, responda: Amén. Y en el Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo, y en la santa Iglesia. Y responda: Amén. Hágase esto con cada uno. Cuando se hubiere concluido, apresírese cada uno a hacer buenas obras».

En este texto bellísimo, hemos visto que se dice «figura» y «tipo». Esto aparece en autores anteriores, como Tertuliano y Clemente de Alejandría. En cuanto a la «figura» se ha de decir que el pan había sido escogido por Dios para prefigurar ya en el Antiguo Testamento el Cuerpo del Señor, precisamente porque en el Nuevo Testamento había Cristo de hacer al pan Cuerpo suyo. El «tipo» de Clemente, que el alimento de pan y vino ofrecido por Melquisedec figuraba de antemano a la sacratísima Eucaristía. Es decir, que ambas palabras tenían en el griego cristiano y también en el latín antiguo el sentido de realidad plenísima. No como las entendemos en la actualidad.

Luego continúa la «Tradición Apostólica»:

«Cada fiel procure tomar la Eucaristía, antes que haya probado ninguna otra cosa. Pues si es fiel en tomarla, aunque se le dé veneno mortal, no tendrá (el veneno) poder sobre él.

Todos eviten con diligencia que el infiel coma la Eucaristía o que lo hagan los ratones o cualquier otro animal, y eviten que ninguna otra cosa en absoluto caiga en la Eucaristía y que algo perezca. Es el Cuerpo de Cristo, del cual todos los fieles se alimentan, y no debe ser despreciado.

Porque cuando has bendecido el cáliz en el nombre del Señor, lo tomas como Sangre de Cristo. Ten, pues cuidado y procura no derramar algo de él, no vaya a lamerlo un espíritu extraño, no se airie Dios contra ti como despreciador y seas reo de la Sangre de Cristo, como quien desprecia el precio por el cual ha sido redimido».

Hemos de admirar el fervor de aquellas comunidades cristianas que tenían tanto aprecio y veneración por la sacratísima Eucaristía. Esto aparece muchas veces en los testimonios de los Santos Padres, como se verá en otro lugar de esta misma revista.

El cáliz de agua que se daba a los recién bautizados y del que trata también San Justino, en la primera mitad del siglo II, significaba, según la frase de la «Tradición Apostólica», que así como el agua del bautismo había lavado por fuera el cuerpo al hombre en lo que tiene de corporal y animal, ahora se hace interior-



mente. No se refiere aquí directamente al efecto espiritual del bautismo, que es perdonar los pecados en el alma y entrar en la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo. De esto trató la «Tradición Apostólica» poco antes de los textos eucarísticos que hemos aducido...

Finalmente la «Tradición Apostólica» se refiere a los panes de la proposición del Antiguo Testamento con estas palabras:

«Por eso también en el Antiguo Testamento estableció la ley que el pan de la proposición se ofrezca a todas horas, como tipo del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, y de la inmolación del cordero irracional, el cual es tipo del Cordero perfecto. Pues Cristo es Pastor. Además es el Pan que bajó del cielo (Jn 6, 50)».

Sigue otro párrafo que algunos lo dan también con sentido eucarístico y se refiere al hecho del Antiguo Testamento en el que Moisés determinó lo referente a la primera pascua judía en Egipto. Y termina con estas palabras la «Tradición Apostólica»: «Si recibís estas cosas con acción de gracias y en fe recta, os convertiréis y seréis recibidos en la vida eterna».

MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B

VIVIERON LA EUCARISTÍA

SAN FRANCISCO DE SALES «La Eucaristía, centro de la vida cristiana»

*«Nos instruyes con su palabra
y nos estimulas con su ejemplo...»
(Prefacio del común de Pastores)*

LO hacen todos los santos. Y de forma espléndida San Francisco de Sales (1567-1622) con su vida y su tarea de maestro y de Pastor en una época crucial de la historia de la Iglesia.

Sus enseñanzas -Tratados, sermones, cartas- nos ofrecen luminosa doctrina sobre el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Y en su ministerio pastoral, la Eucaristía ocupa un lugar excepcional. Ambos aspectos, enseñanza y práctica pastoral, están lógicamente determinados por la situación concreta del pueblo al que tuvo que servir y conducir. Y el rechazo de la Eucaristía era fundamental en la doctrina protestante que había conquistado buena parte de la Saboya en que nace, vive y trabaja Francisco de Sales.

Él fue Obispo de Ginebra, la ciudad fuerte del protestantismo calvinista. Y la «bandera», la piedra de escándalo, el símbolo de la ruptura del protestantismo (más del calvinista que del de Lutero) era la Misa. Y ésta era, además, la gran demanda de sus fieles a los que se les habían arrebatado violentamente los templos y los sacerdotes: «La restitución del culto» arrasado por la lúgubre tiranía de Calvino.

Su vida eucarística

Como en todos los santos que la Iglesia nos propone como modelos de seguimiento e imitación de Cristo, se da un «desarrollo lineal»; en el caso de San Francisco, desde su infancia, orientada sobre todo por su madre.

Ya su Primera Misa el 21 de diciembre de 1593, en la Catedral de Annecy, conmovió a todos. Se había preparado con toda dedicación para celebrarla.

Los testimonios de cómo vivía este Misterio son unánimes. Durante su celebración «se le veía con los ojos bañados en lágrimas, el corazón inflamado. ...» **Santa Juana Francisca** declarará: «Era fácil ver que estaba con una profunda reverencia y atención ante Dios; con los ojos modestamente bajos, el rostro muy recogido, con una dulzura y una serenidad tan grandes que quienes le miraban con atención, se conmovían por tanta devoción. Sobre todo en la Consagración y la Comunión se veía en su rostro un candor tan pacífico que llegaba al corazón. El divino Sacramento era su verdadera vida y su fuerza y en esta acción parecía un hombre todo transformado en Dios... hace muchos años me dijo que desde el momento que se ponía ante el altar nunca tenía la menor distracción» (II, 175).

Y **Francisco Favre**, cercano y constante testigo, declaraba: «Cuando celebraba la Santa Misa se le veía muy distinto que de ordinario, con rostro sereno, sin distracciones, y los que le veían en la Comunión quedaban muy emocionados por su devoción, pues tenía el rostro encendido, como unido al divino Amor que estaba allí presente. Y esto lo sé por haberle ayudado siempre que decía la Misa» (Proceso en Annecy 33).

En el mismo Proceso declaraba **Andrés de Sauzea**: «Después de la Consagración se quedaba parado y arrobado y suspirando, como en raptó; y pasado un poco de tiempo yo le señalaba con el dedo la continuación y entonces seguía. Y esto era cosa casi ordinaria» (33).

Los fenómenos místicos más extraordinarios de la vida del Santo están unidos, como él mismo relata, a la celebración de la Eucaristía.

El 22 de marzo de 1599 estaba en Roma. Ese día sufrió el «examen» para Obispo. El tribu-

nal estaba formado por el Papa **Clemente VIII**, ocho Cardenales entre los cuales **Borromeo, Bellarmino, Borghese**, y hasta 20 Arzobispos, Obispos y Generales de Órdenes religiosos. El excepcional examen fue de tal rigor que un compañero que lo sufrió a la vez que Francisco de Sales -y que, por cierto era español- sufrió en él un desmayo que le produjo al poco su muerte. El 25 de ese mes asiste a la Misa celebrada por el Papa. Y dice el mismo Santo: «Cuando recibí la Sagrada Eucaristía de manos del Soberano Pontífice, el día de la Anunciación, mi alma recibió muchos consuelos interiores... grandes luces sobre el misterio de la Encarnación, de modo que conociese de manera inexplicable cómo el Verbo tomó un cuerpo por el poder del Padre y por obra del Espíritu Santo en el casto seno de María... Este Hombre-Dios me ha dado también un conocimiento muy elevado y sabroso sobre la Transustanciación, sobre su entrada

La Santa Misa y el modo de oír

«Aún no te he dicho nada del sol de los ejercicios espirituales, que es el sacrosanto y soberano Sacrificio de la Misa, centro de la religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad, misterio inefable que comprende el abanico de la caridad divina, por el cual Dios, entregándose todo a nosotros, nos comunica con magnificencia sus gracias y sus favores» (1).

«Haz los esfuerzos posibles para oír todos los días la Santa Misa a fin de ofrecer, con el sacerdote, el sacrificio de tu Redentor a Dios Padre, por ti y para toda la Iglesia» (3).

«Si por fuerza mayor no puedes estar presente en la celebración del Santo Sacrificio de manera física o real, al menos es necesario que asistas a él con tu corazón, o sea, de manera espiritual» (4).

San Francisco de Sales
(Introducción a la vida devota. XIV)

en mi alma y sobre el ministerio de los Pastores de la Iglesia» (XXII, 110).

Más de un año le costó al Obispo de Ginebra, Mons. Granier, arrancar de Francisco su consentimiento para recibir el Episcopado y ser así Auxiliar suyo. Lo hizo después de celebrar la Eucaristía en la Parroquia del Espíritu Santo, en Sales, durante la cual debió recibir una clara iluminación sobre la voluntad de Dios.

En directa relación con su devoción a la Stma. Eucaristía, aparece su estima y práctica de la Confesión. Sería un tema entero... Como dato, sólo recordar que el Santo Obispo se confesaba cada dos o tres días, y a veces en el templo, a la vista de todos los fieles.

Esta personal devoción al Stmo. Sacramento estaba lógicamente fundamentada en su exacta doctrina sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía. La defendió siempre y ardorosamente. Y demostró la coherencia de la fe católica en este punto con el resto de las verdades de fe. Para ello escribe su «Meditación sobre el Símbolo» en el año 1597. (XXIII18-25).

Son sus palabras: «La Stma. Misa es el sol de todos los ejercicios espirituales, centro de la Religión cristiana, corazón de la devoción, alma de la piedad» (VD. II, 14).

Apóstol de la Eucaristía

Si notable es su enseñanza y su personal amor al Sacramento de la Eucaristía, lo es más aún la



St François de Sales
Chapelle N.-D. de la Gorge
Les Contamines-Montjoie (74).

centralidad que éste ocupa en su tarea pastoral. Lo indicábamos al principio: el frontal rechazo que el Protestantismo hacía de la Eucaristía fue determinante para que éste ocupara un primer puesto en la orientación pastoral del obispo exiliado de Ginebra. «La caridad es la que tiene que derribar las murallas de Ginebra, por la caridad hay que invadirla, por la caridad hay que recuperarla» (VII107-8).

Y la Misa era la «victoria» frente al calvinismo. Así juzgaba él mismo la Misa de Nochebuena de 1596 en S. Hipólito de Thonon, cuyo Ministro principal predicaba que la misa era «la abominación de la desolación» anunciada por el profeta Ezequiel.

Gran tarea pastoral fue la reforma de la Liturgia. Lo cual requería una perseverancia y energía excepcionales para vencer obstáculos y resistencias de dentro y de fuera de la Iglesia. En 1612 publica su «Ritual de los Sacramentos» para purificar

la práctica litúrgica tan oscurecida, hasta límites sorprendentes, en su Diócesis. Ese mismo celo mostró siempre exigiendo que los objetos litúrgicos, aún en las más pobres aldeas, reflejaran la fe en la presencia del Señor. En esta renovación litúrgica atribuía un puesto notable a los laicos, también a las mujeres.

Las Cuarenta Horas, «arma pastoral»

Empleó esta forma concreta de devoción a la Eucaristía como medio de renovación espiritual



de los católicos y como llamada a la conversión de los protestantes.

Ya en 1598, siendo sacerdote aún, y Preboste de la Catedral San Pedro de Ginebra, desterrada en Annecy, organizó estas jornadas públicas de adoración a Cristo en el Santísimo Sacramento. Se celebraba en 40 Parroquias simultáneamente. La fastuosidad exterior era la que correspondía a la sensibilidad de aquellas gentes y de aquellos tiempos y, además, frente a las carencias evidentes de la reforma calvinista. De su fruto escribía el Santo al Nuncio: «Este ejercicio de las Cuarenta Horas da más fruto del que esperábamos; el resultado tiene un poco de milagroso» (XI, 311). En la Biblioteca Vaticana se conserva la lista de los 3.000 protestantes que abjuraron de su error. Sólo en Thonan participaron en las Cuarenta Horas 500 conversos.

La celebración del Corpus

En su procesión, el Obispo de Ginebra «a pesar de sentir sus piernas muy torpes» lleva-

ba la custodia por toda la ciudad «con tal recogimiento y ardiendo en tan gran amor de Dios que su rostro resplandecía y su porte era tan grave, humilde y devoto que todos quedaban maravillados» (1.^{er} Proceso, 26) (y todo ello a pesar de la grotesca batalla por precedencias entre el Cabildo catedralicio y el de la Colegiata de Liesse...)

En la Navidad de 1622 San Francisco de Sales celebró las 3 misas rituales y habló largamente con sus Hijas de la Visitación. El 26 les repetía su conocida máxima: «La perfección consiste en nada pedir y nada rehusar...». El 27, fiesta de San Juan, hizo su última confesión y celebró «con una devoción extraordinaria» su última misa. El día 28, a las 8 de la tarde, moría santamente.

Su enseñanza y su ejemplo siguen siendo fecundos.

A. GONZÁLEZ PRADO

SANTUARIOS EUCARÍSTICOS

SAN ISIDORO DE LEÓN

Ejemplar y puntera en el culto a la Eucaristía es la Real Colegiata de San Isidoro de León.

Nos informa sobre ello el Excmo. Sr. D. Antonio Viñayo González, Canónigo de la misma y Miembro de la Real Academia de Doctores de Madrid.

-¿Cree, D. Antonio, que la iglesia de San Isidoro merece ser catalogada entre los más importantes Santuarios eucarísticos?

-En una obra clásica de la literatura española se hace decir, a comienzos del siglo XVII, a una atípica peregrina que se disponía a visitar León: «En lo que yo me había de ocupar era en ver a San Isidoro, pues aquella Casa en reliquias pre-

ciosas es una Jerusalén; en indulgencias, una Roma; en grandezas de edificios, un Panteón; en religión, la anacoreta; en coro, un cielo; en el culto divino, riquezas, brocados, plata y oro, el templo de Salomón».

-¿Cuál es la historia de este Santuario?

-En el año 967, por obra de la Infanta Elvira, monja y regente, Abadesa de San Salvador, se construye la Iglesia y Monasterio, que se llamará de San Pelayo, por albergar los restos del niño mártir cordobés, que la Infanta logró trasladar a León en el año 925.

A su lado surgió la Iglesia de San Juan, baptisterio de la Ciudad. A finales del siglo X Almanzor



Real Basílica de San Isidoro.

lo destruye todo; la comunidad huye a Oviedo, y se llevan consigo las reliquias del niño mártir.

A comienzos del siglo XI, el Rey Alfonso V reconstruye pobremente ambos templos, y rehace la comunidad femenina: Su hija Doña Sancha, casada con Fernando I, levanta un nuevo templo al que enriquece con el cuerpo de San Isidoro, el Salomón redivivo y Pedagogo de Europa, que logra traer de Sevilla...

Esa iglesia, ampliada a finales del siglo XI y consagrada en 1149, es uno de los complejos más logrados del arte románico, en arquitectura, escultura, pintura, orfebrería y ornamentos.

En ese mismo siglo XII, es reemplazada la comunidad de monjas benedictinas por otra de

Canónigos Regulares de la Orden de San Agustín, comunidad que dio santos a la Iglesia, obispos a España, Cardenales a Roma, catedráticos a las universidades, teólogos y escritores a las ciencias y a las letras.

En 1956 sólo quedaban cuatro canónigos mayores de 80 años. Ante la falta de vocaciones regulares, la Santa Sede transformó el Cabildo Regular en Instituto Secular (con doce canónigos, presididos por un Abad), con fines más amplios: para adorar al Santísimo Sacramento, perpetuo y solemnemente expuesto en la Basílica, custodiar y venerar el cuerpo de San Isidoro, conservar y revitalizar el legado de espiritualidad y cultura de diez siglos de historia, y auxi-

liar al Obispo en las Instituciones diocesanas, espirituales, culturales y formativas. En estos casi cincuenta años de existencia el Cabildo ha hecho revivir las instituciones ya existentes y creado otras nuevas, desempeña cargos en la Curia Diocesana y cátedras en el Seminario, atiende seis parroquias rurales, y ha instalado una Casa de Espiritualidad, un convictorio para neopresbíteros y una Escuela de Arte Sacro.

-¿Qué Asociaciones mantienen el culto a la Eucaristía en la Colegiata?

-El Cabildo sostiene y alienta: La **Cofradía de Guardia y Oración ante el Santísimo Sacramento**, para la permanente adoración diurna; La **Adoración Nocturna Española (ANE)**, que en 1956 contaba con cuatro Turnos, y muy pronto llegó a los 30, que noche tras noche adoran todos los días del año. (También desde la Colegiata se ha impulsado la creación de 13 Secciones en la Diócesis); la **Adoración**



Tesoro de la Capilla Mayor, Retablo y Bóveda.

Nocturna Femenina (ANFE), con diez años de vida, 10 Turnos en la Colegiata y otras tantas Secciones en la Diócesis; la **Sacramental y Penitencial Cofradía de Jesús Sacramentado y María Santísima de la Piedad** que, desde 1994, cumple con sus muchos compromisos de «dar expresión de fe, religiosidad, servicio a Dios Nuestro Señor,... la perenne adoración al Santísimo Sacramento y la entrañable devoción a su bendita Madre en sus penas y dolores».

-¿Qué lugar ocupa el culto eucarístico en la Colegiata de San Isidoro?

-Aparte de las Instituciones relacionadas con San Isidoro (La muy Ilustre, Real e Imperial Cofradía del Milagroso Perdón de San Isidoro, y la prestigiosa **Cátedra** de San Isidoro que publica la **Colectanea Isidoriana**), lo fundamental de la Colegiata es el culto a la Eucaristía, en base al **Privilegio Inmemorial de la Exposición Permanente**.

Lo que principalmente y siempre ha atraído al pueblo leonés hacia su Basílica y la razón de ser del Cabildo isidoriano, no son los tesoros de su pasada riqueza y las edificaciones excepcionales, sino la presencia permanente del **Santísimo Sacramento solemnemente Expuesto** por privilegio inmemorial.

El pueblo de León ha hecho de la Exposición Permanente la fundamental de sus devociones. La Basílica Isidoriana, prácticamente, permanece abierta día y noche; y nunca le faltan adoradores. Aquí llegan los niños de mano de sus papás, los escolares que se dirigen al Colegio. Es el lugar de encuentro de los jóvenes y donde se citan los novios; aquí saludan al Señor los que van a su trabajo cotidiano o los que

pasean lentamente por el atrio del templo. También ha sido siempre la **visita obligada** para los que llegan de los pueblos a realizar sus compras, «arreglar sus papeles» o participar en las ferias.

En 1964, por iniciativa y a impulsos de la Colegiata, se celebró en León un **Congreso Eucarístico Nacional**, que clausuró Su Santidad Pablo VI con un inolvidable Radiomensaje, en el que el Pontífice declaraba que la Basílica de San Isidoro de León, centro del VI Congreso Eucarístico Nacional «ofrece a Cristo en la Eucaristía el amor de la nación entera en el himno de sus vetustas arquitecturas, de sus joyas litúrgicas, de sus piedras románicas... El Panteón



Exposición permanente del Santísimo. Arca de las reliquias de San Isidoro.



Panteón de Reyes. Siglos XI y XII.



Cáliz de Doña Urraca. Siglo XI.

Real, que bajo bóvedas de belleza mística incomparable conserva en el silencio y en la espera de la resurrección los despojos mortales de veinte reyes, parece estremecerse en reverente adoración ante el Sacramento del altar. Al pie mismo del trono eucarístico, contemplando la cadena desde tiempo inmemorial nunca interrumpida, de visitas al Sacramento, está el gran Isidoro, Padre de la Iglesia, cuyo cuerpo hace nueve siglos vino de Sevilla a esta su Basílica. Y ahora, como entonces, la Sangre de Cristo ha sido recogida en el antiquísimo cáliz de ágata, regalo de la Reina Doña Urraca».

-Muchas gracias. D. Antonio, por estas sus sabrosas noticias sobre el Santuario Eucarístico de San Isidoro de León. Los lectores de «LA LÁMPARA DEL SANTUARIO» se unen de corazón a los adoradores que día y noche acompañan a Jesús Sacramentado en la Basílica legionense.

DE NUESTRA VIDA

...Y DESPUÉS, ¿QUÉ?

El Año Jubilar Eucarístico (octubre 2001 - septiembre 2002) ha constituido un acontecimiento muy importante en la vida de la Adoración Nocturna.

El movimiento, como ha quedado reflejado en las páginas de esta misma publicación a través de todos sus números anteriores, ha sido impresionante: Más de 11.000 adoradores participaron en los Encuentros Eucarísticos, celebrados a todo lo largo y ancho de España; 1.500 lo hicieron activamente en la Asamblea Nacional y 4.000 abarrotaron la Catedral de la Almudena, en una inolvidable vigilia presidida por el Cardenal Rouco Varela, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española.

¡Cuántas Gracias ha derramado el Señor sobre nuestra Obra y sobre todos los adoradores!

Por eso al iniciarse este nuevo año 2003, ha sido preciso plantearse, muy seriamente: «...y después, ¿qué?»

¿Deberíamos seguir viviendo de «las rentas» que nos proporcionaban los resultados antes aludidos?

¡No, y mil veces no!

Después de todo esto nuestra obligación de adoradores es continuar con la misión que el Maestro nos ha encomendado y que el Santo Padre, en su mensaje con motivo de nuestra gran celebración, nos recuerda: «*al mismo tiempo invito a todos a un decidido empeño por dar nueva vitalidad a la devoción eucarís-*

tica, que vaya acompañada con una creciente formación cristiana, sólidamente fundada en la Sagrada Escritura».

Así pues, el extraordinario mensaje nos daba cumplida respuesta a nuestro interrogante.

Puestos manos a la obra, para el presente año y el que viene, la Adoración Nocturna Española ha proyectado un amplio programa de ENCUENTROS con todos los adoradores, en los que tengamos oportunidad de profundizar en el mandato de «*poner en marcha un decidido empeño para dar nueva vitalidad a la devoción eucarística*», y lo haremos, reflexionando y dialogando sobre lo que constituye el centro de nuestro carisma: LA VIGILIA MENSUAL.

El Papa también nos alienta a «*una creciente formación cristiana, sólidamente fundada en la Sagrada Escritura*», por eso, nuestros encuentros dedicarán una especial atención a la Oración Litúrgica, preferentemente a los salmos.

Con la ayuda del Señor, después del 125 Aniversario, trabajaremos por una Adoración Nocturna más auténtica, más numerosa y más entregada al servicio de la propagación del Culto Eucarístico.

Como resumen de todo este proyecto práctico y formativo, presentamos el decálogo que nuestro Vicedirector Espiritual Nacional, Don Salvador Muñoz Iglesias, ofreció a la Asamblea y que ésta ha asumido.



«Para que el 125 Aniversario de nuestra Fundación reavive y consolide en nosotros la identidad y espiritualidad de la Adoración Nocturna, anotemos este decálogo de compromisos que ofrecemos al Señor en esta celebración y que prometemos repasar frecuentemente a lo largo del año y de toda nuestra vida:

1. Celebraremos nuestras Vigilias de noche y manteniendo la **duración de 5 horas establecida**.
2. No dejaremos pasar un solo día sin hacer nuestra **Visita a Jesús Sacramentado**.
3. Mantendremos y fomentaremos el **sentido expiatorio** de la Adoración.
4. Nos sentiremos **Obra de la Iglesia**, adorando en nombre de la Humanidad e **incluyendo en nuestras peticiones las necesidades del mundo entero**.
5. Reavivaremos **las relaciones entre los miembros del Turno**, procurando vernos alguna vez fuera de la Vigilia e interesándonos por sus cosas.
6. Trataremos de mantener **buenas relaciones con todas las Asociaciones Eucarísticas**.
7. Nos ofreceremos **personalmente** para **participar en las tareas apostólicas** de la Parroquia y de la Diócesis (en el Cuerpo de Cristo no puede haber miembros inactivos).
8. Consideraremos tarea apostólica propia de la Adoración **promover el culto a la Sagrada Eucaristía**.
9. Haremos lo posible por **aumentar el número** de Adoradores Nocturnos (como a mí me trajeron, debo yo traer a otros).
10. Estimaremos siempre característica propia de nuestra condición de Adoradores **la devoción filial a María Santísima**, madre y primera Adoradora del Hijo de Dios hecho hombre».

Agenda

ENCUENTROS DE ZONA

22 DE MARZO: HUESCA, ZONA DE ARAGÓN.

17 DE MAYO: LAS PALMAS DE GRAN CANARIAS, ZONA ISLAS CANARIAS.

EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA

LITURGIA DE LA PALABRA, LITURGIA DEL SACRAMENTO

La Eucaristía -como toda la liturgia- tiene como fin la santificación del cristiano haciéndole participar en su espíritu y uniéndole al misterio de Cristo.

Es decir, no es una teoría, ni una historia, ni unos ritos.

*Es una **VIDA**, una celebración.*

En la sección c) que comenzamos con el título

«EUCARISTÍA Y VIDA CRISTIANA», queremos destacar los aspectos más concretos del «misterio de nuestra fe» que siendo celebraciones de la Iglesia se hace vida en cada uno de nosotros, en nuestras comunidades y en la Iglesia entera.

LOS mayores recordarán cómo era la Misa antes del Concilio: el sacerdote presidía de espaldas a la asamblea (los altares estaban adosados); las llamadas misas rezadas, casi todo pronunciado en voz baja, incluso las lecturas bíblicas; gestos, acciones, de no fácil comprensión... y la dificultad de la lengua litúrgica: el latín.

No obstante el pueblo cristiano -es preciso decir- participaba en la Celebración de la Misa con su presencia atenta, aunque con dificultad ciertamente; participaba, por supuesto, en lo esencial de la Misa por la Comunión Eucarística.

Como fruto de un largo proceso, que se denominó Movimiento Litúrgico, ya en la Década de los cuarenta, muchos fieles «seguían la Misa» individualmente, valiéndose de devocionarios y misales para uso de los fieles. Posteriormente, en los años cincuenta se van introduciendo entre nosotros las llamadas misas **dialogadas**, en las que los fieles recitan en latín algunas plegarias de la misa. También por esta época se introduce el canto de la asamblea de algunas partes de la

Misa en latín (el canto gregoriano). Se permite incluso la traducción simultánea de la Epístola y del Evangelio en lengua vernácula; así como también el canto de ciertas partes de la Misa en lengua vulgar en forma de paráfrasis.

Todos estos pasos fueron preparando los caminos para recibir gustosamente, como algo que se siente necesario, la reforma de la Celebración de la Misa (y de las otras celebraciones de la Iglesia), promovida y promulgada por el Concilio Vaticano II el 4 de diciembre de 1963.

La Reforma proyectada, programada, fue realizándose enseguida; y va ya para cuarenta años que disponemos del Nuevo Misal Romano y -novedad, después de siglos- de los Leccionarios, que contienen las Lecturas de la Sagrada Escritura. (Anteriormente estas estaban incluidas en el Misal).

Razones del concilio

Pero cabe preguntarnos: ¿Por qué la reforma de la Liturgia, concretamente de la Misa? Y la respuesta nos la da la Constitución Conciliar de



Liturgia: lograr la participación de los fieles activa, consciente, para que sea más fructuosa; para que dé más y mejores frutos de vida cristiana.

Dice la Constitución Conciliar de Liturgia: «Es necesario que los fieles se acerquen a la Sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina... Por esta razón los pastores de almas deben vigilar... para que los fieles participen en la celebración consciente, activa y fructuosamente» (n.º 11).

Y para lograr esta participación consciente, activa y fructuosa, el Concilio, en su Constitución sobre la Liturgia, centrará todo su esfuerzo en estos dos objetivos principales: a) La Celebración de la Palabra de Dios, contenida en la Sagrada Escritura, con la mayor amplitud posible, y b) la Celebración de los grandes Símbolos Sacramentales, de modo que resplandezcan en su sencillez, liberándolos de todo aquello que pudiera oscurecer su significación, su contenido.

Dice así la Constitución Conciliar de Liturgia:

a) «A fin de que la Mesa de la Palabra de Dios se prepare con más abundancia para los fieles, ábranse con mayor amplitud los tesoros de la Biblia, de modo que, en un período determinado de años, se lean al Pueblo las partes más significativas de la Escritura» (n.º 51).

«En las celebraciones debe haber lecturas de la Sagrada Escritura más abundantes, más variadas y más apropiadas» (n.º 35).

b) «Los ritos deben resplandecer con una noble sencillez; deben ser claros,... adaptados a la capacidad de los fieles...» (n.º 34).

«En la reforma los textos (oraciones, fórmulas sacramentales, rituales) se han de orientar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas, que significan, y en lo posible el pueblo cristiano pueda comprenderlas fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria» (n.º 21).

Como puede observarse la Iglesia en su Constitución Conciliar sobre la Sagrada Liturgia puso todo su empeño en poner de relieve lo esencial, principal, de toda celebración cristiana y, en particular, de la Celebración Eucarística, como no podía ser menos a la hora de intentar una reforma.

La Reforma promovida por el Concilio Vaticano II, no obstante las deficiencias humanas, ha alcanzado sus objetivos. Nuestras celebraciones eclesiales, aunque queda todavía mucho por conseguir, han mejorado notablemente. Y, si bien es cierto que la calidad de nuestras Celebraciones depende de la formación cristiana de los que en ellas participan, sin embargo, podemos decir (debemos decir) que nos encaminamos hacia aquel «ideal» de Celebración eclesial, que nos propone San Lucas, en su Libro Los Hechos de los Apóstoles:

«Los hermanos -convertidos a la Fe Cristiana, sellada con el Bautismo y la Confirmación- eran constantes en escuchar la Enseñanza de los Apóstoles (la Liturgia de la Palabra), en la vida común y en la Fracción del Pan y en las oraciones (Liturgia del Sacramento)».

AVELINO CAYÓN

AVE MARÍA PURÍSIMA

NUESTRA SEÑORA DE LAS TINAJAS

Es una advocación que me he inventado yo.
Y a lo mejor a vosotros os parece irreverente.
Recordáis que en las Bodas de Caná estuvo a punto de faltar el vino.

No se enteraron los novios, ni los padres de los novios, ni el mayordomo de la casa.

Sólo María se enteró a tiempo.

¿Y cómo pudo enterarse?

María en el banquete de bodas no ocupaba ese lugar preeminente -casi siempre muy serio y bastante aburrido- de los invitados de honor, que se sientan en la mesa principal junto a los novios y padrinos.

Ella andaba solícita -de acá para allá- mezclada con el servicio y atenta a que todo funcionara bien. Imagínatela -y acertarás- echando una mano en la cocina y vigilando la afanosa tarea de camareros y camareras.

En una de esas idas y venidas observó que, abajo en la bodega, las jarras de los criados, al sacar el vino, rozaban el suelo de las tinajas.

Y asomándose a una de ellas, advirtió que estaba casi vacía.

¡Ya la tengo! ¡Esa es!

Fue corriendo adonde se encontraba Jesús -posiblemente en la mesa de la genta seria- y sin que nadie más se enterara discretamente le dejó caer la embarazosa situación de los novios y familiares:

-¡No tienen vino!

Sorprenderla asomada a la tinaja y apriisionar en una foto ese gesto de María no hubiera sido una irreverencia, como no lo es ahora saludarla con la advocación ¡«Nuestra Señora de las Tinajas»!

Más bien todo lo contrario.

Porque se trata de una actitud caritativa

de la Virgen que desciende a detalles y pormenores sencillos de la vida ordinaria, como éste del vino en unas bodas.

Si lo que hizo en Caná fue muy de agradecer, su comportamiento de entonces es una garantía para nosotros hoy: No hay problema humano -por pequeño e insignificante que sea- que a la Madre de Jesús y Madre nuestra le sea indiferente. Podemos contar con su valimiento en todo.

Hasta ahora ningún pintor, que yo sepa, ha pintado ningún cuadro sobre la Virgen de las Tinajas.

Yo ando buscando algún artista que se preste a a hacerlo.

Mientras tanto, nadie nos prohíbe a ti y a mí imaginarnos a la Señora en esa actitud de generoso interés por los pequeños problemas humanos, e invocarla pidiéndole algo parecido para nosotros.

Si te parece, dile conmigo:

No permitas, Madre, que nos falte nunca el vino del amor a Dios y al prójimo.

Y para que esto no suceda, procura darte de

cuando en cuando una vuelta por la bodega de nuestra alma y asómate solícita al fondo de nuestras pobres tinajas.

No nos atreváramos a pedirte, si supiéramos o pensáramos que ocuparte en esos menesteros fuera irreverencia.

Pero sabemos que no lo es.

Al contrario, esa actitud caritativa tuya es un timbre de gloria que te honra.

Y nadie más que Tú puede arrancar a tu Hijo -cuantas veces sea necesario, y lo es muy a menudo- el milagro de las Bodas de Caná.

¡Nuestra Señora de las Tinajas, ruega por nosotros!

SALVADOR MUÑOZ



VOZ DE LA IGLESIA

CONSTITUCIÓN «SACROSANCTUM CONCILIUM» DEI VATICANO II sobre la sagrada Liturgia en su XL Aniversario (I)

FUE hace ya casi cuarenta años, el 4 de diciembre de 1963, que el papa Pablo VI, en unión con los Padres conciliares, promulgó la Constitución sobre Sagrada Liturgia. Este documento fue el primero de los elaborados por el Concilio Vaticano II. Es la acción del Espíritu Santo conduciendo a su Iglesia por caminos de sabiduría y de eficacia salvadora.

«El Concilio ha empezado orando», escribió cuando el 11 de octubre de 1962 se anunció que la primera tarea sería la discusión del esquema litúrgico, el Cardenal Montini a sus diocesanos de Milán. Y en su discurso de clausura de la segunda sesión, ya papa Pablo VI, volvió a recalcar la idea: «Uno de los temas del Concilio, primero en ser examinado y primero también, en cierto sentido, por su valor intrínseco y por

su importancia en la vida de la Iglesia, el tema de la liturgia, ha sido llevado felizmente a término». En el orden adoptado por el Concilio «veremos el reconocimiento de la escala de valores. El primer puesto, para Dios. Nuestro primer deber, la oración. La liturgia, fuente primera de la vida divina, comunicada a nosotros, primera escuela de nuestra vida espiritual, primer regalo que podemos hacer al pueblo cristiano que con nosotros cree y ora, y la primera invitación al mundo para que suelte su lengua muda en oración dichosa y sincera, y sienta el inefable poder de regeneración que tiene el cantar con nosotros las alabanzas divinas y las esperanzas humanas, por Cristo Señor y en el Espíritu Santo». No cabe expresar mejor la razón fundamental que movió a Juan XXIII a poner el tema de

la reforma litúrgica el primero en la agenda del Concilio.

En la sesión de clausura de la primera etapa conciliar, el propio Juan XXIII había afirmado que «no sin razón se comenzó por el esquema de la sagrada liturgia, ya que se trata de las relaciones del hombre con Dios. Esto es, el más alto orden de relaciones, que es preciso instalar sobre el fundamento sólido de la Revelación y del Magisterio apostólico, para proceder a promover el bien de las almas con esa amplitud de miras que nada tiene que ver con la ligereza o la prisa que a veces rigen las relaciones mutuas entre los individuos».

En la decisión de Juan XXIII influirían también, a no dudar, el carácter eminentemente pastoral del esquema, muy en consonancia con los fines del Concilio, y el grado de madurez que en la Iglesia había alcanzado la cuestión litúrgica.

Este primer documento conciliar, escrito en estilo sugestivo, entramado con ideas profundas, apoyado en sólidos fundamentos bíblicos, es un valioso esfuerzo de los Padres conciliares para acercar el misterio de Cristo, el misterio de la Iglesia, en suma, el misterio de nuestra salvación, a la recta comprensión y a la plena posesión de todos los hombres que creen en Jesucristo y aun de todos los que todavía están lejos de la Iglesia.

La estructura doctrinal de la constitución es bien sencilla: Dios quiere que todos los hombres se salven. Para ello se hace hombre su Hijo y queda constituido mediador entre Dios y los hombres (n.º 5). Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, envía a sus apóstoles al mundo para extender, aplicar y perpetuar la redención de los hombres y la glorificación del Padre mediante la palabra revelada, el sacrificio y los sacramentos (n.º 6). Así, Cristo asocia consigo a su Iglesia (obispos, sacerdotes y fieles) para la acción mediadora que en todo tiempo y lugar se ha de cumplir, y Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica (n.º 7), por medio de la cual se ejerce la obra de nuestra redención.

De estos principios, la Constitución saca luego las

consecuencias. Pero en estos principios están los protagonistas, actores y destinatarios de toda acción litúrgica.

Si atentamente se estudia la Constitución litúrgica muy pronto se descubren las líneas maestras sobre las cuales se quiere dibujar el cuadro de la reforma litúrgica. Y, apenas las descubrimos, sentimos el gozo de un hallazgo feliz y la esperanza y el deseo de su ejecución para obtener los frutos deseados.

Quiere el Concilio que toda la reforma se inspire y apoye en la Sagrada Escritura, pues ella nos da la historia de la salvación, y sin ella nada puede entenderse en las relaciones entre Dios y los hombres. La lectura, el estudio y el comentario de la Biblia serán en adelante, para sacerdotes y fieles, ocupación asidua e ineludible si quieren extraer enseñanzas y beber jugo de vida en las celebraciones litúrgicas.

Toda la liturgia cristiana es, en una u otra forma, la actualización del misterio pascual tal como los libros sagrados nos lo dan a conocer. Con este misterio se funde la vida de la Iglesia; en él estamos injertados los cristianos, en él se insertan los sacramentos y él es fielmente reproducido aquí y ahora en la Eucaristía. Nuestra vida cristiana, desde el bautismo, entra en esa corriente pas-

cual que ya no cesará hasta desembocar en los mares sin fin de las bienaventuranzas.

Porque la vida de la Iglesia y nuestra vida de bautizados se nutren de la savia del misterio pascual, es obligada, por necesaria para nuestra salud, la participación activa, consciente, plena y fructuosa de todos -sacerdotes, religiosos y fieles- en las acciones litúrgicas, pues, de otro modo, quedaríamos fuera del cauce de aguas vivas.

Sin embargo, la participación tantas veces recomendada por la Constitución conciliar, exige que los ritos se hagan claros y sencillos; que la lengua litúrgica sea asequible a todos; que a la liturgia se incorporen ritos autóctonos y nobles; que el arte religioso no disienta del arte de cada país y de cada época.

El inestimable primer documento salido del aula conciliar abre las puertas a esas reformas, que se llevarán a cabo en escasos años sucesivos. Y con ellas, a la reforma profunda de nuestra vida cristiana, que en definitiva de ello se trata.

Merece la pena que en este año cuadragésimo aniversario de la Constitución litúrgica le prestemos atención con cierto detenimiento para entender mejor su despliegue doctrinal y práctico.

JOSÉ LUIS OTAÑO, S.M.

ALGO DE HISTORIA

Y LA FE SE HIZO LUZ

CUEN años hay que la fe de los adoradores españoles encendió *La Lámpara del Santuario*. El sábado 2 de agosto de 1902, quedó colgada del centro del crucero de nuestra catedral basílica la preciosa y artística lámpara que hoy día pueden contemplar cuantos visitan nuestro primer templo diocesano.

Es de bronce plateado, con toques de oro. Tiene forma de campana, cinco metros de altura dos de diámetro y un peso que se acerca a la tonelada. Fue fundida por la Casa Masriera y Campíns SA, de Barcelona, según diseño del artista Manuel Garnelo.

El presupuesto había sido fijado en 17.000 pesetas, cantidad aportada por los 30.000 congresistas y adoradores nocturnos que seis años antes (agosto de 1896) habían asistido al II Congreso Eucarístico Nacional celebrado en Lugo y por otros muchos devotos que a ellos se sumaron. A ninguno se le permitió aportar más de 10 céntimos de peseta, a fin de que el número de cooperadores fuera el más amplio posible.

Como expresión del gozo que tal hecho causó en el pueblo lucense, aquella misma noche del dos de agosto se celebró una magna vigilia de adoradores ante el Santísimo, presidida por el Sr. Obispo, D. Benito Murúa López, y con la asistencia de autoridades civiles, militares y numerosos adoradores venidos de toda España. El acto se repitió al día siguiente, domingo, con mayor solemnidad y asistencia, si cabe, que la noche anterior.

Tal concurrencia se explica porque precisamente por aquellos días, del 29 de julio al 4 de agosto, se celebraba en Lugo una Asamblea Eucarística, en la que participaron el presidente del Centro Eucarístico de España, señor Marqués de Llano de San Javier, varios señores

obispos, delegados de la ANE de casi todas las provincias y un numeroso gentío (Datos de *El Norte de Galicia*, agosto de 1902).

Por lo que atañe a la lámpara en sí misma, hay que decir que es una verdadera obra de arte, que expresa con admirable belleza la idea expuesta en el Congreso Eucarístico y que responde muy acertadamente al estilo de nuestra catedral, donde dejaron huella luminosa todas las expresiones artísticas de la arquitectura cristiana. La estructuran un hermoso penacho formado por hojas de acanto, del que cuelgan cuatro cadenas que sostienen un pequeño aro adornado con cuadri-folios y pináculos ojivales. De dicho aro parten cuatro barras estriadas, esbeltas y elegantes. Estas soportan, a su vez, cuatro ángeles con las alas extendidas y las manos juntas en actitud de adoración, y sustentan el aro o corona mayor de 6 metros de circunferencia por 0,65 de ancho. En el exterior de dicho aro aparecen en relieve cuarenta y nueve matronas, vestidas de airoas túnicas, con los escudos de las cuarenta y nueve provincias que entonces formaban España. Una hermosa cimera corona el gran aro y un elegante cairel lo remata por la parte inferior.

De su cara exterior surgen ocho magníficos candelabros, de siete velas cada uno. Y en la interior se esculpió una hermosa leyenda alusiva a la tradicional fe eucarística del pueblo español.

Dice: «*Jhu Xpto: Deo: et. Homini: hic: sub: Hostia: patente: jugiter: astanti: Fide: Hispaniae: luceat: adoratoru redimió: laudibus*», que en lengua romance se puede traducir así: «Que la fe de los adoradores de España alumbre a Jesucristo, Dios y Hombre, permanentemente expuesto aquí en la Hostia, rodeado de alabanzas».

Por último, otras cuatro cadenillas, que sustentan un ángel que porta en sus manos una



sencilla banda con el conocido texto de nuestro escudo: «*Hoc, hic, mysterium fidei firmiter profite-mur*: «Aquí profesamos firmemente este misterio de fe».

En el interior de la lámpara, colgada del círculo pequeño, aparece una arqueta ojival, de ocho lados, iguales cuatro a cuatro. En los cuatro mayores se esculpieron los símbolos de los evangelistas, rodeados de hojas de acanto; y en los cuatro menores racimos y espigas, materia de la Eucaristía. Dentro del arca se encuentran las listas con los nombres de los numerosos oferentes que en su día contribuyeron a sufragar el coste de la lámpara. Dos vasos de vidrio con aceite de oliva, uno encima de la arqueta y el otro encima del ángel con que remata la lámpara por abajo, constituían su centro luminífero. Y el constante y silencioso parpadeo de su humilde luz recordaba a cuantos entraban en la catedral la presencia de Jesús Sacramentado, el mejor vecino de Lugo, en la preciosa custodia que un día regaló a nuestra catedral don Juan Sáenz de Buruaga, obispo de Zaragoza, porque antes lo había sido de nuestra diócesis.

Actualmente dichos vasos han sido sustituidos por un potente foco de luz, que, sumado a los otros 58 que alumbran el altar mayor, crean en torno al Misterio Eucarístico un esplendente marco de luz y belleza.

Y ¡atención, pueblo de Lugo! esa grandiosa lámpara, en la que plasmaron su fe y su amor a la Eucaristía millares y millares de antepasados nuestros, está reclamando de igual modo y espolando la fe y el amor eucarístico de los lucenses actuales. Y de modo especial el amor y la fe de los adoradores nocturnos (que en los primeros días de este mes de julio celebraron en esta ciudad del Sacramento los 125 años del nacimiento de la ANE); de las Marías de los Sagrarios, de los miembros de la ARPU, y de todos los amantes de la Eucaristía. Un Dios que ha escogido como trono singular de su presencia divino-humana la ciudad de Lugo merece nuestra diaria y amorosa correspondencia, manifestada en esa triple forma en que suelen hacerlo sus amigos: la Santa Misa, la Comunión y la Adoración reparadora.

JESÚS GUERRA

CANTAR A LA EUCARISTÍA

LAS PRIMERAS ALABANZAS

LA Eucaristía ocupa en la Iglesia el lugar central ya desde sus primeros pasos después de Pentecostés. El mandato del Señor «Haced esto en memoria mía» (Le 22,19) se hace cotidiana realidad. Los testimonios de San Pablo y del Apocalipsis nos hablan de esa presencia de la Eucaristía ya en las primeras comunidades. Lo mismo nos demuestran tantos testimonios de la tradición. ¿Cómo serían aquellas primeras celebraciones? No lo sabemos con exactitud. Sin duda el modelo de las celebraciones del pueblo judío, (templo y sinagoga) influyeron en aquella primera liturgia. Las más antiguas descripciones de aquellas eucaristías son de San Justino (año 165). Y la más antigua «plegaria eucarística» nos la ha transmitido San Hipólito (principios del s. III) aunque puede ser mucho más antigua.

San Pablo escribía a los Colocenses (3,16): «La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con **salmos, himnos y cánticos inspirados**». Y casi con las mismas palabras a los Efesios (5,18): «Llenaos del Espíritu siempre en **salmos, himnos y cánticos inspirados**, cantando y salmodiando al Señor». No sabemos tampoco cuáles eran aquellos himnos y cánticos.

No vamos a hacer aquí un recorrido por la historia de la liturgia o de la literatura para descubrir el nacimiento y la naturaleza de aquellos himnos y cánticos, pero una referencia al tiempo es imprescindible para conocer, valorar y gustar todo el tesoro de poesía y música con que hoy cantamos en torno a la Eucaristía.

Indudablemente, las primeras Eucaristías en las casas de los fieles -como aquella celebración dominical de San Pablo de la que nos habla los Hechos de los Apóstoles (20, 7ss)- tendrían que ser muy sencillas y centradas en las lecturas de la Sagrada Escritura y en la memoria de la Cena del Señor, repitiendo sus mismas palabras y gestos (1.ª Cor. del 22 ss). Sólo cuando cesan las persecuciones y los cristianos y su fe salen a la calle (Edicto de Milán, año 313) se comenzaron a hacer verdaderos templos y en ellos las celebraciones de la Eucaristía tendrían un crecimiento y un enriquecimiento en todos sus elementos.

El **Aleluya** parece haber sido el primer cántico que resonó en aquellas primeras celebraciones, mucho más tarde del **aleluya** nacería el **gradual** (curiosamente este es el caso en que la música precedió al texto, a la letra) y más tarde, también del **gradual**

nacerían las **secuencias**, en su mayoría magníficos cantos que son ejemplo de lírica religiosa. El **aleluya**, recordémoslo, era hermana del culto y oración judíos y que era el estribillo repetido en salmos y aclamaciones.

Junto a la recitación y canto de los salmos y de los cánticos del Evangelio (Cantos de Zacarías, de la Virgen y de Simeón), pronto nacieron en las comunidades otras composiciones, entre ellas están las que los herejes gnósticos compusieron, ya en el s. II, para difundir sus doctrinas. A ellos respondieron otros defendiendo la recta doctrina.

Entre todos aquellos himnos destacan las llamadas «Odas de Salomón» de autor desconocido. Pero las primeras poesías, es decir, escritos en verso, son los célebres epitafios sepulcrales de **Abercio** y el de **Pectorio** (ambos de finales del s. II). En ellos encontramos alusiones directas a la Eucaristía. **Abercio**, obispo de Hiepópolis, escribe en su lápida sobre sus viajes que le llevaron hasta Roma y hasta cruzar el Éufrates:

«...en todas partes hallé colegas...// en todas partes me servían la comida, el pez del manantial/ muy grande, puro, que cogía una virgen casta/ y lo daba siempre a comer a los amigos/ teniendo un vino delicioso y dando mezcla de vino y agua con pan...»

Y en el epitafio de Pectorio leemos:

*«Oh raza divina del Pez...
Recibe el alimento, didee como la miel,
del Salvador de los Santos.
Come con avidez, teniendo el Pez
en las palmas de las manos.
Aliméntame con el Pez, te lo ruego,
Señor y Salvador»*

Quizás no podamos hablar de «poesía religiosa» en sentido estricto, desde un punto de vista literario hasta el s. IV. Entre nuestros primeros poetas, en occidente, tenemos a **Comodiano**, **San Paulino de Nola**, **San Hilario**, **San Ambrosio** y al español **Prudencio**. Todavía hoy conservamos en el rezo de la **Liturgia de las Horas** algunos de aquellos estupendos himnos. Casi todos tienen relación con los momentos de la oración (himnos matutinos o vespertinos) o son alabanzas al Creador, a la Cruz, o a los mártires. De **San Gregorio Nacianceno** (año 390) se conservan unos 400 poemas.

En el Oriente un lugar destacado y decisivo, por la profundidad doctrinal y por la belleza literaria, lo ocupa **San Efrén** (año 372) que escribió en siríaco.

¿Cuando aparecen en la Iglesia himnos, poesías expresamente **eucarísticos**? No es fácil responder, las razones y las hipótesis de la ausencia de poesía expresamente eucarística son muchas, y van desde un cierto recelo de los cristianos hacia la poesía por su tradición pagana, a las dificultades que pronto empezó a tener el latín clásico y culto para las clases populares y sencillas. Por otra parte, la Eucaristía se centra en la **celebración**, con su carácter de «culto público» («oficial» como contrapuesto al «privado») que se desarrollaría con gran pujanza más tarde y sobre todo a partir de la introducción de la fiesta del Corpus Christi y correspondiendo con distintas orientaciones en las formas de piedad y espiritualidad.

En el gran **San Efrén** no encontramos ninguna composición directamente dedicada a la Eucaristía, aunque sí algunas y preciosas alusiones a ella:

«A tí, Señor, te comemos
a tí te bebemos
no de modo que te consumamos
sino que por tí vivamos»

(Himno sobre la Fe)

«La reunión de la Iglesia es semejante al Paraíso
sufrido que vivifica a todos
se coge en ella todos los días
en ella se prensa su uva
que es medicina de vida»

(Himno sobre el Paraíso)

Los primeros testimonios de poesía popular eucarística son del s. IV y nos vienen de la Iglesia bizantina, lógicamente escritos en griego. Gustemos algunos de ellos:

«Les dió pan celestial
y el hombre comió pan de ángeles.
Hemos comido pan bendecido
el cuerpo del Señor y la sangre preciosa.
El Señor que cambió el pan,
un cáliz salvador, una bebida vivificante.
Hemos recibido el pan Santo
alabemos a Dios que obra grandes cosas
en toda la tierra.
Alabad a Dios todos los pueblos.
Regocijados, justos, en el Señor
habiéndolo tomado el cuerpo y la sangre de Cristo.
Te damos gracias, oh Cristo, Dios nuestro
porque te has dignado, oh Salvador
hacernos, incluso, participar
de tu cuerpo y de tu sangre».
Y este bellísimo, también bizantino:
«Hoy hemos contemplado a Nuestro Señor,
a Jesucristo sobre el altar.
Hoy hemos apretado el ascua con cuyo nombre
entonan himnos los querubines.
Hoy hemos oído la grande y dulcísima
voz que decía.
Este cuerpo abrasa las espinas de los pecados
e ilumina las almas de los hombres.
Este cuerpo, habiéndolo tocado la mujer hemorroisa
quedó libre de su dolencia.

Este cuerpo, habiéndolo conocido la hija de la cananea
fue curada.

Este cuerpo, habiéndose acercado con toda su
alma la pecadora, limpió el fango de sus
pecados.

Este cuerpo, habiéndolo agarrado Tomás
clamó diciendo: Señor mío y Dios mío.

Este cuerpo grande y grandísimo
es para nosotros salvación».

La alabanza a la Eucaristía, al Cuerpo del Señor aparecen íntimamente ligadas a la celebración litúrgica, a la misa y a la comunión. En un papiro leemos:

«Sangre del que se encarnó
de la Santa Virgen, Jesucristo.
Sangre del que fue engendrado
de la Santa Madre de Dios, Jesucristo.
Sangre del Dios que se mostró
por expulsar a los demonios, Jesucristo.
Sangre del que fue bautizado en el Jordán
por Juan el Precursor, Jesucristo. Amén».

Y esta otra preciosa «Oración de la Santa Eucaristía», cuando la distribuye el sacerdote al pueblo:

«Oremos al Señor:
Cuerpo Santo de Cristo, el cordero de Dios.
Cuerpo Santo del que fue traicionado
y dado por nuestra salvación.
Cuerpo Santo del que entregó a sus discípulos
los misterios de la gracia del Nuevo
Testamento.
Cuerpo Santo por el cual hemos recibido
el sacrificio incruento.
Cuerpo Santo del que lavó con agua los pies
y del que purificó con el Espíritu Santo
las almas de los apóstoles.
Cuerpo Santo del que justificó con las lágrimas
a la pecadora y del que nos purificó
a nosotros con su propia sangre.
Cuerpo Santo del que recibió el beso con engaño
y del que amó al mundo
por el cual padeció la muerte.
Cuerpo Santo que fue entregado por su voluntad
a Pilato y del que hizo parecer ante sí,
irreprochable a la Iglesia...»

Poco a poco se iría enriqueciendo el tesoro de la poesía cristiana. A la vez que la liturgia iba incorporando nuevos elementos como serían, en la liturgia occidental, las **secuencias** (después de la reforma tridentina las cerca de 150 **secuencias** de los misales quedarían reducidas a 5, VICTIMAE PASCHALI LAUDES, VENI SANCTE SPIRITUS, LAUDA SION SALVATOREM, DIES IRAE y STABAT MATER DOLOROSA) a la vez se irá desarrollando una poesía religiosa marginal que culminaría con la aparición del **teatro religioso**.

Pero esta es una nueva etapa en nuestro recorrido.

JESÚS GONZÁLEZ PRADO

TRES MESES

1.000 emisiones de "Pueblo de Dios"

El 10 de febrero, se emitió el programa número 1.000 de Pueblo de Dios, con el título *"Mil programas, mil presencias"*. Este espacio, uno de los programas en emisión más antiguos de la televisión, empezó a emitirse el 25 de Octubre de 1982 en TVE. Durante estos 20 años se ha podido ver en pantalla cerca de seiscientas horas de emisión. Pueblo de Dios es uno de los cuatro programas institucionales de la Conferencia Episcopal Española en TVE junto con El Día del Señor, Últimas Preguntas y Testimonio. Pueblo de Dios se emite los Lunes, a las 17:40 horas y la repetición es el Domingo, a las 9,30 horas.

Obispos: Los fondos europeos no deben destinarse al aborto en países pobres

La Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE) publicó este jueves un comunicado en el que afirma que los fondos de ayuda de la Unión Europea no pueden destinarse a financiar el aborto. El comunicado se publica con motivo de la adopción por parte del Parlamento Europeo ese mismo día del informe redactado por Ulla Margrethe Sandbaek en el que se solicita ayuda comunitaria para programas de "salud reproductiva y sexual" en los países en desarrollo por un valor de 73,95 millones de euros para el período 2003-2006.

Juan Pablo II pide a judíos y cristianos unirse en oraciones por la paz mundial

En medio del temor de una guerra en Irak, los católicos y judíos deben sentir la necesidad de rezar por la paz y comprometerse en ese esfuerzo, aseguró el Papa Juan Pablo II al recibir en audiencia al Rabino de Roma, Riccardo Di Segni, y otros representantes de la comunidad judía. El Pontífice aseguró que el don de la paz, "shalom" en hebreo, "es un don frágil que ha sido puesto en las manos de los humanos". Por eso, agregó, los cristianos y judíos tiene la obligación de protegerlo.

Visita del Vice Primer Ministro iraquí a Asís

El portavoz del Convento Sagrado de Asís, Padre Enzo Fortunato, expresó sus expectativas y calificó la

visita como un "paso importante" para la construcción de la paz. El custodio de la Basílica, Padre Vincenzo Coli, recibió a Aziz en la Comunidad Franciscana con dos gestos simbólicos: la iluminación y entrega de la lámpara de la paz, que se encuentra en la tumba de San Francisco dentro de la Basílica; y la entrega simbólica del "cuerno", un regalo entregado al santo por el sultán de Egipto en 1219. "San Francisco llevó consigo una misión de paz mientras las Cruzadas se llevaban a cabo, y ahora el gesto asume el significado de un nuevo envío de esta paz al mundo del este", afirmó el Padre Fortunato.

Anunciad el Evangelio de la Paz

Su Santidad el Papa, Juan Pablo II, al reunirse con los sacerdotes y obispos amigos de la Comunidad de San Egidio, pidió "multiplicar los esfuerzos" a favor de la paz.

En este nuevo llamamiento señaló que "no nos podemos detener ante los ataques del terrorismo, ni ante las amenazas que se alzan en el horizonte". "Es, por tanto, cada vez más urgente anunciar el «Evangelio de la paz» a una humanidad tentada fuertemente por el odio y la violencia". "No hay que resignarse, como si la guerra fuera inevitable", insistió. La paz, aseguró, requiere "reconocer en el otro a un hermano al que hay que amar sin condiciones. Esta es la senda que conduce a la paz, un camino de diálogo, de esperanza, y de sincera reconciliación". "La paz no es tanto cuestión de estructuras, como de personas", añadió el Papa. "Gestos de paz se dan en la vida de personas que cultivan en su propio ánimo constantes actitudes de paz".

Abierta una oficina con motivo de la visita del Papa

Con motivo de la visita del Papa a España, los próximos días 3 y 4 de mayo, la Vicaría de Relaciones y Actos Públicos del Arzobispado de Madrid, c/ Mayor, 92, ha abierto una oficina a la que podrán dirigirse todos aquellos que deseen colaborar de una u otra forma a favor de la referida visita. Estará abierta de 10,00 a 14,00 horas, y de 17,00 a 20,00 horas. Teléfonos: 91 559 52 85 y 91 559 52 86.

EX LIBRIS

BEATO MANUEL GONZÁLEZ

El Obispo de la Eucaristía visto por tres obispos



CARLOS AMIGO VALLEJO
CARLOS OSORO SIERRA
RAFAEL PALMERO RAMOS

Presentación:

Manuel Sánchez Mongo

Semblanza biográfica:

María Dolores Adán Vallejo

El 29 de abril de 2001 fue beatificado Don Manuel González García, sacerdote sevillano, luego arcipreste de Huelva y más tarde obispo de Málaga y de Palencia, el Obispo del Sagrario Abandonado como él quiso llamarse.

Desde que descubrió aquel sagrario abandonado con telarañas, en la parroquia de Palomares del Río, vecina a su Sevilla natal, la Eucaristía sería el centro, el manantial y el culmen, la preocupación de su vida. Su misión en la Iglesia: ser el apóstol de la Eucaristía. ¿Cómo no pagar con amor al Amor de los amores, que se queda con los hombres para que tengamos vida y vida abundante? El trípode de Don Manuel lo forman la Eucaristía, el sacerdote y el pobre.

Una excelente iniciativa de la diócesis de Palencia fue el ciclo de conferencias sobre los distintos aspectos de la vida de Don Manuel los días 1, 2 y 3 de marzo, con motivo de su beatificación. Tres miembros de la Conferencia Episcopal Española fueron los conferenciantes y autores de las tres partes de este libro, que recoge las tres conferencias.

Monseñor Carlos Amigos Vallejo, arzobispo de Sevilla trata lo que significó la Eucaristía en la vida de Don Manuel González: «el centro y el culmen de toda su existencia». Es el apóstol de la Eucaristía porque antes vivió profundamente el misterio eucarístico: comunión, adoración, abandono, entrega a los demás, vivir y servir. Don Manuel y la Eucaristía. Un amor encendido al gran misterio de nuestra fe. Don Manuel se metió con Cristo en el sagrario y su ejemplo nos ha seducido.

Monseñor Carlos Osoro Sierra, entonces obispo de Orense, actualmente arzobispo de Oviedo, ve en Don Manuel al formador de seminaristas y al amigo de los sacerdotes, formación y amistad en orden a potenciar la dimensión eucarística de la vida sacerdotal. El Evangelio y el Sagrario no se pueden separar como no se puede separar el eco de su sonido, la claridad de la luz que la produce... «El día en que mis sacerdotes fueran evangelios vivos andando por las calles, te aseguro que apenas quedaría un incrédulo ni un hereje».

Monseñor Rafael Palmero Ramos, obispo de Palencia, aborda la dimensión social de Don Manuel, no por poco conocida menos característica del «Apóstol social del siglo XX», porque su devoción eucarística no será espiritualista y desencarnada: amaba a Cristo vivo y a veces abandonado en la Eucaristía, y vivo y necesitado en los pobres y marginados. «El tesoro de un Obispo, decía, son sus pobres, y el cuidado de ellos, su negocio preferente. El Padre celestial se los ha confiado». Una aspiración suya, nobilísima y elevada: «Me gustaría morir a la puerta de un Sagrario o junto a la puerta de un pobre».

Del amor a Jesús Sacramentado nacieron las grandes obras de Don Manuel. El 4 de marzo de 1910, siendo arcipreste de Huelva, funda la Obra de las Tres Marías y de los Discípulos de San Juan para los Sagrarios Calvarios, para dar y buscar compañía reparadora a Jesús en la Eucaristía. Las distintas ramas que viven esta espiritualidad forman hoy la Unión Eucarística Reparadora. En 1916 es nombrado obispo auxiliar de Málaga. Traza un plan para la recristianización de la diócesis apoyado en tres pilares: la adecuada formación de los futuros sacerdotes, la educación religiosa de los niños y el cultivo de la auténtica espiritualidad en los cristianos practicantes. Y para esto funda los Misioneros Eucarísticos. En 1921 funda una congregación religiosa, las Misioneras Eucarísticas de Nazaret, con el mismo fin que sus obras anteriores: vivir y proclamar la Eucaristía que no es conocida y amada, para que todos valoremos el bien que de ahí brota.

«Don Manuel, un sacerdote santo. Un Obispo sacrificado por su pueblo. Un enamorado de la Eucaristía. Un ejemplo para todos», fallece en Madrid el 4 de enero de 1940. Es sepultado en la capilla del Santísimo de la Catedral de Palencia con la inscripción sepulcral que él mismo dejó escrita: «...Ahí está Jesús, ahí está, no dejadlo abandonado...»

JOSÉ LUIS OTAÑO, S.M.



MISA EN EL MAR

¡Qué pura es la misa en el mar!
Para el hombre de tierra
parece la primera misa de los tiempos.
Entre agua y cielo
el viejo latín se tornasola,
los rezos son palpitantes
y las almas se prosternan.
Dios se transustancia en la divina Forma,
aunque también se aprieta humano junto a nosotros
o, desde el mástil de proa,
nos bendice en la Cruz.
Dios está aquí contigo, hombre marino,
andando sobre las aguas;
Dios está con nosotros y con vosotros,
navegantes todos de la existencia,
o allá enfrente sobre las nubes,

presidiendo la Caridad y la Fe.
Pero a la voz se halla en la capilla del buque,
catacumba donde el capellán lo invoca
para que venga a redimirnos.
Los violines han hablado en voz alta;
cantaban con la voz hermosa de la certidumbre
y rasgaban con sus arcos la vestidura del silencio.
¡Oh, la misa en el mar!
El pez vuelve a ser un símbolo sacro.
Como en mi infancia, esta mañana,
Dios ha nacido en mí.

ANTONIO OLIVER BELMA